



# Lecturas

## Cuarto grado

## Ser lectores

Tú ya no eres una niñita ni un niño. Tú estás ya en cuarto. En los tres, o cuatro, o cinco años que llevas de escuela, y en la vida diaria, con tu familia, en la calle, en la televisión, ya aprendiste a leer y a escribir muchas palabras. Pero, más allá de esas palabras, hay muchísimas más. Y las palabras son los puentes que nos llevan al conocimiento. Este libro busca prepararte para que puedas leer todos los demás. Los de la escuela y los que vayas conociendo en otras partes. Este libro se ocupa de lo más importante que la escuela debe darnos: hacernos lectores.

Una cosa es saber leer y escribir, estar alfabetizados, y otra cosa es ser lectores: que cada día dediquemos un buen rato a leer por el gusto de leer. Además, claro está, de lo que tengamos que leer para informarnos y para cumplir con nuestras obligaciones escolares. Ser lectores facilita las otras dos metas centrales de la escuela: enseñarnos a convivir y enseñarnos a manejar los números.

En este libro abundan los textos literarios. Textos en que las autoras y los autores hablan de sus sentimientos, o nos cuentan su vida, o la de otros personajes —históricos o imaginarios—, o nos descubren maneras que no conocíamos de ver el mundo. Textos que nos hacen capaces de analizar la realidad con un pensamiento crítico, y que fomentan nuestra imaginación. En realidad, lo más probable es que hayas comenzado a conocer esta clase de relatos antes de que supieras leer y aun antes de que supieras hablar. Cuando tus padres o abuelos o hermanos mayores comenzaron a contarte cuentos, episodios históricos, leyendas, qué aventuras has tenido en tu vida. Quizá ciertas palabras te resulten desconocidas, por eso las hemos consignado en un glosario al final del libro. En los textos, las palabras marcadas con color azul te indican que debes consultarlo.

Frecuentar los textos literarios —dedicarles un rato cada día— nos enseña a salir de nuestra persona para convertirnos en otros. A hacer nuestras las experiencias y las situaciones de otros seres, sus ideas y sus maneras de ver, sentir e imaginar. Nos aficiona a la lectura, nos convierte en lectores. Y, no lo olvides: eso es lo más importante que la escuela puede darte, porque eso te dejará capacitada o capacitado para que sigas aprendiendo durante todos los días de tu vida.

*Felipe Garrido*  
Académico de número  
Academia Mexicana de la Lengua

# La formación del mundo

Anónimo

El mundo, tal como ahora lo conocemos, ha pasado por cuatro etapas previas. En el principio, antes de que hubiera luz, antes, mucho antes de que el Sol caminara, Nuestra Madre, la Tierra, gemía de dolor, aplastada por el cielo, por el peso del Ilhuica Atl, el agua divina. Tonacatecuhtli y Tonacacihuatl, los Señores de Nuestra Carne, los que nos dan el maíz, habitaban la noche y el vacío; eran fuego y tiniebla, agua y luz. Allá, adentro, estaba el dios viejo, el fuego, Huehuetéotl. Estos señores tuvieron cuatro parejas de hijos que no podían ver la luz ni respirar porque el cielo y la Tierra estaban abrazados. Cada pareja se hallaba en uno de los cuatro espacios de la superficie terrestre, Tlaltícpac. El cielo, el agua divina, rodeaba por entero a la Tierra.





Así que la pareja que estaba hacia la mano derecha, Tezcatlipoca, el Viento de la Noche, y su mujer, intentaron levantar el cielo pero éste cayó, produjo terremotos y los **macehuales** se convirtieron en tigres. Este primer Sol se llamó Ocelotonatiuh, Sol de Tigre. Luego, Tláloc y su mujer, Chalchihuitlicue, que viven donde el Sol descansa, intentaron separar a sus padres. Tampoco les fue posible: el cielo cayó de nuevo sobre la Tierra, llovió fuego y los macehuales se volvieron monos. Este segundo Sol recibió el nombre de Quiyatonatiuh, Sol de Fuego.

Después, Huitzilopochtli quiso separar a sus padres y no pudo; el cielo se derrumbó y el agua divina cayó sobre la Tierra y la mató; hubo mucho aire, muchos remolinos y los hombres se volvieron pájaros y guajolotes. El tercer Sol se llamó Ehecatonatiuh, Sol de Viento. Por último, los dioses que viven en el rumbo por donde nace el Sol, Quetzalcóatl y su mujer, quisieron levantar el cielo, pero sus fuerzas no fueron suficientes; toda el agua del cielo cayó sobre la Tierra y los hombres se hicieron peces. El cuarto Sol fue llamado Atonatiuh, Sol de Agua.





Entonces los cuatros dioses y sus mujeres decidieron entrar por el centro del agua y levantaron el cielo como ahora está. Y para que no caiga de nuevo, elevaron dos pirámides en el centro de Tenochtitlan, en el mero centro del mundo, la pirámide de Tláloc a la mano derecha y la pirámide de Huitzilopochtli a la mano izquierda, y colocaron cuatro árboles enormes en las cuatro porciones de la Tierra. Cada pareja de dioses ocupó el lugar que le había sido asignado: Tláloc se quedó quieto, lo mismo que Tezcatlipoca, el Viento de la Noche, el Pedernal Nocturno; también ocuparon sus lugares Huitzilopochtli y Quetzalcóatl. Sin embargo, aun cuando el Cielo y la Tierra habían sido separados por la fuerza de los cuatro dioses y sus mujeres, o sea, por la potencia del Viento del Día y por la fuerza del Viento de la Noche, el Sol no había podido caminar. Los hijos del Cielo y de la Tierra habían vivido en la oscuridad, sin poder respirar. Era necesario que se le abriera un camino al Sol.



Fue así como arrancaron al dios arrugado, Huehuetéotl, el dios viejo, del vientre de Coatlicue, la Tierra, y lo arrojaron al fuego. En ese fuego se arrojó el valiente colibrí y se elevó hasta el cielo, pero se negó a caminar porque tenía hambre. Del seno de la Tierra también nacieron la Luna y sus hermanos, los astros, los Innumerables del Sur. El mundo es un ser vivo, hay que darle alimento. Durante el día, los astros duermen. Durante la noche, el Sol atraviesa ríos y huracanes, se hunde en el agua que sostiene a la Tierra; hay que alimentarlo para que salga de las fauces de Cipactli, el gran Caimán que es la Tierra. Al nacer, por la mañana, Huitzilopochtli está armado con todas sus flechas de luz: mata a sus hermanos, los astros, y degüella a su hermana, la Luna. Por la tarde, sus hermanos lo hacen huir al vientre de su madre, Coatlicue. Se trata de muertes simbólicas que ocurren todos los días, igual como sucedió en el momento en que Huitzilopochtli, el Sol, el Colibrí de la mano izquierda, en el tiempo mítico original, nació del seno de su madre, la Tierra. Es así como los dioses del viento abrieron un espacio para que el Sol pudiera caminar. De esa manera, el maíz y el frijol tuvieron aire que respirar y salieron de la tierra para darnos alimento.

## Glosario

- aherrojar.** Poner a alguien ataduras de hierro para someterlo.
- alano, na.** Perro corpulento y fuerte, con cabeza grande, orejas caídas, hocico chato, cola larga y pelo corto y suave.
- antipara.** Prenda que cubre la pierna sólo por delante.
- apear.** Desmontar o bajar a alguien de una caballería, de un carruaje o de un automóvil.
- asaz.** Bastante, muy o mucho.
- asordar.** Ensordecer a alguien con ruido o voces.
- atabal.** Especie de tambor pequeño o tamboril que suele tocarse en fiestas públicas.
- berza.** Variedad de col; planta de color verde intenso, cuyas hojas tienen el borde rizado.
- buhonero, ra.** Persona que lleva o vende baratijas, como botones, agujas, cintas, peines, etcétera.
- diáfano, na.** Dicho de un cuerpo: que deja pasar la luz casi en su totalidad.
- díceres.** Dichos de la gente, habladurías y murmuraciones.
- egregio, gia.** Que destaca o se distingue de los demás por sus cualidades o por sus méritos.
- escorzar.** Hacer un dibujo o una pintura con sentido de profundidad.
- gres.** Pasta compuesta de arcilla y arena, que sirve para fabricar diversos objetos.
- homúnculo.** Ser deforme con algunas características humanas y que ha sido creado por medios artificiales.
- huizache.** Árbol de ramas muy espinosas y flores de color amarillo.
- inconmensurable.** Enorme, que por su gran magnitud no puede medirse.
- jockey.** Jinete de carreras de caballos.
- juil.** Pez de agua dulce de las lagunas del Altiplano, muy parecido a la carpa.
- legua.** Medida de longitud, que en el antiguo sistema español equivale a 5572.7 metros.
- macehual.** En la sociedad náhuatl, persona que pertenecía a la clase social que estaba entre los esclavos y los nobles.
- madrépora.** Coral con forma de árbol.
- malaquita.** Mineral verde, que puede pulirse y suele emplearse para cubrir objetos.
- monodelfos.** Es una de las dos subclases en que se dividen los mamíferos, conocidos como euterios o placentarios.
- moscador.** Especie de abanico.
- opalescencia.** Reflejos de diversos colores, como los del ópalo.
- pinjante.** Joya o pieza de oro, plata u otro material, que se lleva colgada a modo de adorno.
- piragua.** Embarcación pequeña, estrecha y muy liviana que se usa en los ríos y en algunas playas.
- pisciforme.** Con forma de pez.
- pórfido.** Roca compacta y dura, de color oscuro y con cristales de cuarzo.
- quórum.** Número de individuos necesario para llegar a acuerdos.
- rabino.** Maestro que interpreta los textos sagrados judíos.
- recoveco.** Sitio escondido o rincón.
- salmuera.** Agua que sueltan las cosas saladas.
- saudade.** Refiere un sentimiento de nostalgia, añoranza o soledad.
- sinagoga.** Edificio dedicado a la reunión y culto de la religión judía.
- tisú.** Tela de seda entretejida con hilos de oro o plata.
- tlatohuani.** Gobernante de una ciudad.
- tordillo, lla.** Referido a una caballería, que tiene el pelo mezclado de negro y blanco.
- verduguillo.** Arma blanca, como una navaja, un puñal o un estoque.
- zaquizamí.** Enmaderamiento de un techo.

## Créditos iconográficos

Mariana Alcántara Pedraza, pp. 47, 59, 74, 121, 133  
Diego Álvarez, pp. 17, 36, 38-39, 63  
Sharon Barcs, pp. 95-97  
Israel Barrón, pp. 12, 76-78, 98-100, 116-119  
Patricio Betteo, pp. 22-25, 26, 101  
Ángel Campos Frías, pp. 18-19, 44-45, 75, 107  
Julián Cicero, pp. 40-41, 56-57, 112-113  
Juan José Colsa, pp. 48-49, 54, 58, 90-91, 154, 155  
Paloma Díaz Abreu, pp. 32-33, 70-73, 80, 104-106  
Julia Díaz Garrido, pp. 142-143  
Ixchel Estrada, pp. 30-31, 50-51, 55, 85  
Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 13, 34-35, 152-153  
Mauricio Gómez Morín y David Lara, pp. 20-21, 66, 67, 46-47  
Natalia Gurovich, pp. 79, 115  
Alejandro Herrerías, pp. 148-151  
Claudia Legnazzi, pp. 14-16, 43, 68-69, 144-147  
Diego Molina, pp. 82-83, 114, 130-132, 135  
Claudia Navarro, pp. 122-129  
Gabriela Podestá, pp. 28-29, 92-94, 108-110  
Tania Recio, pp. 27, 60-62, 134, 138-141  
Esmeralda Ríos, pp. 11, 111, 120  
Luis San Vicente, pp. 8-10, 86-89  
Mauricio Torres Rivera, pp. 64-65, 136-137  
Cecilia Varela, pp. 42, 81  
Cuauhtémoc Wetzka, pp. 52-53, 102-103